

Lino CAMPRUBÍ BUENO: *Los ingenieros de Franco*, Crítica, Barcelona, 2017, 317 págs. ISBN: 978-84-16771-75-2

Tradicionalmente la historiografía ha considerado el franquismo un periodo en el que la ciencia y la tecnología sufrieron un estancamiento absoluto. Incluso algunos han proclamado la inexistencia de cualquier investigación en estos campos. No satisfecho con este análisis, Camprubí ha investigado con el fin de desentrañar si fue tan improductiva o nula la relación entre la dictadura y la ciencia y tecnología. En este sentido, esta no es una historia de la ciencia y la tecnología bajo el franquismo, sino, por el contrario, una historia del franquismo interpretada desde el papel que desempeñaron los saberes científicos y tecnológicos.

El libro es fruto de un largo trabajo que Camprubí ha desarrollado en diversos centros internacionales desde 2007. Actualmente trabaja en el *Max Planck Institute for the History of Science* y desde su doble formación de filósofo e historiador apuesta por una mirada alternativa planteada desde pautas metodológicas materialistas. Constituye la faceta más novedosa del libro, pues tal materialismo encauza la investigación por unos derroteros historiográficos que desmontan la visión tradicional del régimen franquista como un periodo negro en cuestiones científicas y tecnológicas. Manifiesta una perspectiva catalogable de irreverente y trasgresora. Aunque se dirige ante todo a los historiadores especializados, el libro resulta muy asequible para un amplio público. Otro mérito indudable.

La tesis fundamental de su libro es bien clara, que la ciencia y la tecnología fueron una parte decisiva, es más, un factor constituyente de la estructura del propio régimen dictatorial. Por eso no necesita realizar una historia global de la ciencia y la tecnología durante la dictadura y, en consecuencia, deja de lado ciertos ámbitos del saber como la medicina o la ingeniería mecánica. Para argumentar su tesis estructura el libro en dos partes que se corresponden con las dos grandes etapas en que se suele dividir la dictadura. Los primeros seis capítulos analizan el papel y significados que tuvieron la ciencia y la tecnología en los años de la política autárquica y nacionalcatólica. Los siguientes cuatro capítulos examinan cómo se catapultó el peso del conocimiento científico-tecnológico en los años que, a partir de 1957-1959, son catalogados como de aperturismo al exterior dirigidos por gobiernos tecnocráticos.

Para confirmar su tesis, Camprubí subraya las continuidades entre ambos períodos y pone en duda el calificativo de periodo tecnocrático asignado al iniciado en 1957, ya que subraya que en la anterior etapa los ingenieros y los científicos, si bien no tenían la misma presencia en las altas instancias ejecutivas, ya acapararon desde 1939 decisivos espacios de poder e influencia. Por eso el autor enfatiza que en el período de 1939 a 1957 fue cuando precisamente el proyecto autárquico no es que usara los saberes científico-tecnológicos, sino que, por el contrario, fue desde las instancias de esos saberes de

ingenieros y científicos desde las que se fraguó y perfiló la autarquía como solución para cimentar un Estado nacioncatólico.

Según Camprubí, justo en la primera etapa del franquismo los ingenieros marcaron el rumbo autárquico del régimen. Pudieron aplicar sus proyectos profesionales, su concepción de la organización tecnológica de la sociedad y, por supuesto, impulsaron sin cortapisas su promoción personal. No tenían los controles democráticos propios de un sistema parlamentario, que detestaban. Ejercían el poder, establecían los modos de acción de los poderes económicos y sociales e incluso justificaban ideológicamente la relevancia de la ciencia y la tecnología como guías para establecer las metas de la dictadura. Por supuesto, no eran imparciales ni independientes. Eran artífices del entramado que daba soporte a la dictadura en todas sus dimensiones y su ideología nacioncatólica impregnaba sus proyectos de ingeniería, sus decisiones en urbanismo, sus investigaciones en biología y así en todas las ramas del saber.

Para alcanzar el ideal de una España católica, se requería la independencia económica. Fue el razonamiento básico para las políticas autárquicas de la primera década de la dictadura. De igual modo, el productivismo era el único camino para alcanzar el ideal de una nación que en la década de 1930 se había alejado de Dios y de la Iglesia por influencias del materialismo extranjero, fuese liberal o marxista. La redención espiritual de todos los españoles llegaba incluso a justificar el trabajo obligatorio para los presos de guerra que no solo salvaban su alma, sino que además veían reducida su condena. De este modo, ingenieros y científicos tenían la encomienda de redimir a los españoles mediante el trabajo y lograr, por tanto, una nueva sociedad. Aunque hubo voces discordantes dentro de la Iglesia, se impuso en fechas muy tempranas la sacralización del trabajo. Así lo plasmó José M^a Albareda, organizador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sobre las estructuras preexistentes de la Junta de Ampliación de Estudios. Era miembro del Opus Dei y quiso que la guía y emblema del CSIC fuese un Árbol de la Ciencia con el que simbolizaba la savia insoslayable de la religión como tronco del que surgían tanto la investigación científica como el desarrollo industrial.

Se justificaba así la falta de libertades y la represión. Dios quería el crecimiento económico, la conversión de la agricultura en la base de una potencia económica de creciente productividad y de sustento para todos, la industrialización para fortalecer el peso del Estado entre las naciones, y así sucesivamente con cada sector económico. Ni era una ideología nueva entonces, ni lo es ahora, pero, sin duda, la justificación nacioncatólica y el peso de los ingenieros en los diseños de tales políticas fueron para Camprubí novedades que conviene evaluar en su peso histórico efectivo. No se explicaría de otro modo la importante financiación que tuvo desde el Estado el Instituto Nacional de Industria o el Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento. Fueron dos instituciones claves en los años de la autarquía, y sus directores, Juan Antonio Suanzes y Eduardo Torroja respectivamente, detentaron un extraordinario poder dentro de aquel Estado planteado como autárquico.

Por otra parte, no hubo unanimidad entre los técnicos de la dictadura. Se perfilaron dos posiciones sobre el desarrollo del país: quienes propugnaban priorizar la industrialización y quienes defendían el campo y su desarrollo socioeconómico como baluarte de la España tradicional y católica. Aunque ganó a la larga la posición industrialista, este conflicto condicionó algunos proyectos como, por ejemplo, el plan hidrográfico para el Noguera Ribagorzana, donde Suanzes y Torroja no pudieron culminar su idea de un sistema unitario de embalses a lo largo de toda la cuenca. Por lo demás, no hay que olvidar que tales políticas tan fuertemente intervencionistas chocaron con los intereses de las empresas privadas que, a pesar de ser una dictadura, se movieron por los entresijos del Estado para hacer valer sus criterios.

En todo caso, fue en la segunda etapa cuando ya la ciencia y la tecnología se convirtieron claramente en protagonistas de las decisiones políticas. Aunque Camprubí piense que el calificativo de tecnócrata conviene aplicarlo a ambos períodos, lo cierto es que desde la década de 1960 existe unanimidad historiográfica en subrayar el rasgo por antonomasia que define la nueva fase de la dictadura. Es más, en esta etapa hubo otra novedad que quizás no enfatiza suficientemente Camprubí. No solo hubo gobiernos de tecnócratas, sino que también tuvieron un peso creciente los empresarios privados y sobre todo las inversiones extranjeras. Llega un momento en que el complejo militar-industrial, siguiendo el concepto que por entonces propagaba Eisenhower, también vinculó en España el desarrollo científico-técnico con los espacios de poder político y económico. Por eso, desde entonces ocurre un fenómeno que persiste, la dificultad de discernir entre causa y efecto a la hora de analizar el desarrollo científico, social, político y económico.

Un ejemplo ilustrativo, el caso de Gibraltar sobre el que Camprubí acumula todas las implicaciones militares, tecnológicas y políticas que a nivel internacional confluyeron en torno a un peñón considerado clave en aquellas décadas de Guerra Fría. España dirigió sus esfuerzos y recursos a las investigaciones oceanográficas en el Estrecho de Gibraltar, era la forma de implicarse en tales factores de política internacional y, de paso, profundizar en sus capacidades de despliegue científico. Algo similar ocurrió con el desarrollo de la energía nuclear, la dicotomía entre carbón y petróleo, o la explotación de los fosfatos en el Sáhara Occidental. En todos estos casos el franquismo quiso estar a la altura de las exigencias internacionales, no como un aliado subalterno, sino como una nación capaz de competir en capacidades de investigación y desarrollo económico.

En suma, para Camprubí la ciencia y la tecnología desempeñaron un papel crucial en la articulación del régimen franquista en sus distintas etapas. Conclusión que ha suscitado ya un debate fructífero planteado desde la perspectiva del paradigma de historia económica. Es justo referenciarlo al menos¹. Por nuestra parte, solo cabría aludir al carácter axiológicamente positivo que se suele asignar a la ciencia en la evolución de las sociedades, sean democráticas o dictatoriales, capitalistas o comunistas. Clarificar tal cuestión sí que desbordaría los contenidos de esta reseña. Baste, por tanto, con subrayar la aportación que Camprubí propone al respecto.

Jorge ROJAS GUTIÉRREZ
Universidad de Castilla-La Mancha
rojas.bcr@gmail.com

1 Carlos BARCIELA y Lino CAMPRUBÍ, "Visions sobre economía, política i ciència en el Franquisme", *Segle XX. Revista catalana d'història*, 11 (2018), pp. 115-185 [consultado en <http://revistes.ub.edu/index.php/segleXX/article/view/27889/28747>].